

Luis G. Huertos.
EL AMOR PA-
SA CANTANDO
SP

(-).

**ESTA OBRA NO
SE PRESTA**

Andanada
2500 pt.

EL AMOR PASA CANTANDO

OBRAS DE LUIS G. HUERTOS

HORAS.—Cuentos. (Agotada)

HAMPA.—Novela.

RERUM.—Novelas.

MISERIA ERRANTE.—Edición de "Los Contemporáneos"

VIDA ROTA.—Edición de "Los Cuentistas"

LA TRISTEZA DE AMAR.—Novela. (Segunda edición)

LOS OJOS DE LA ESFINGE.—Edición de "Los Contemporáneos"

HIDALGUÍA.—Versos.

ANSIAS DE VIDA.—Novela. (Biblioteca Domenech)

LOS ADIOSES TRÁGICOS.—Edición de "El Cuento decenal"

LOS CUERVOS.—Novela.

TEATRO

MAGDALENA.—Boceto de comedia.

ALLENDE EL DEBER.—Comedia en dos actos.

EL AMOR PASA CANTANDO.—Comedia en dos actos.

LUIS G. HUERTOS

R- 8136 A

EL AMOR PASA CANTANDO

COMEDIA EN DOS ACTOS

*A Alfonso Tula el notable actor,
en testimonio de admiración a su
arte
Huertos
6 mayo 1922*

1921



Es propiedad del autor; y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla.

— — —

Los representantes de la SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES, son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y de cobrar los derechos de propiedad.

IMP. PELAEZ.—MURCIA, 2.—ALMERIA

PERSONAS

MARIA ISABEL
DOÑA CRISTINA
MADRE PATROCINIO
MADRE JESUS
ENFERMERA 1.^a
ENFERMERA 2.^a
ENFERMA
DONCELLA
MANOLO
DON LORENZO
DOCTOR GONZÁLVEZ
PORTERO
ENFERMO 1.^o
ENFERMO 2.^o

Epoca actual. Derecha e izquierda
las del actor.



ACTO PRIMERO

Patio interior del Sanatorio de Villa-Salud, con cypresses y algunos arriates de flores. A todo foro y a ambos laterales, galería alta y amplia, que descansa sobre una doble arcada abierta al fondo y que forma corredor en los laterales; a dicha galería se abren las puertas numeradas de las habitaciones de los enfermos. En el ángulo derecho desemboca la escalera. Izquierda, bajo, 1.º y 2.º, puertas sobre las que se leen las inscripciones "Farmacia" y "Practicantes" Derecha, bajo, 1.º, arco en la pared por el que se supone se va a la escalera que desemboca en la galería. Al foro, en la izquierda, portón; a su lado puerta sobre la que se lee «Portería». En la pared, junto a ésta, una campana que tocará el portero cada vez que lo indique el diálogo. En escena hay una enferma sentada. Arriba, en la galería, dos enfermos. Bancos de madera y sillones, pintados de blanco. Todo dará una sensación de higiene, orden y pulcritud. Monjas con trajes azul turquí y delantales, tocas y manguitos blancos. Enfermeras con el traje de lana blanco-amarillento y manguitos y cofia blanca. Estas llevarán sobre la frente, bordadas en azul, las iniciales S. V. S. Los médicos y practicantes con batas blancas, menos el señor Director (hombre de 55 años) que vestirá elegantemente de chaqué; cuidadosamente afeitado, con lentes de oro y el cabello peinado hacia atrás de un gris

distinguido. Tiene un gesto británico y grave que inspira respeto.

Es una tibia tarde de fines de Septiembre.

Al levantarse el felón, la madre Patrocinio lee un libro de Oraciones. A respetuosa distancia el portero en pie.

La madre Patrocinio es una mujer de 50 años que toda su vida la dedicó al cuidado de los enfermos. Por eso en su rostro, de una dulce severidad, hay como un gesto constante de dolor. Es tolerante para las ajenas flaquezas, pero no por eso deja de guiar y exigir el cumplimiento de los deberes.

El portero, que vestirá traje azul galoneado de plata, es un hombre de 60 años, todo sumisión, aunque el trato durante muchos años con la madre Patrocinio le hace atreverse, de tarde en tarde, a replicarla.

La madre Jesús, que estará junto a la madre Patrocinio, es una monja de edad indefinible, sin relieve sentimental ninguno.

PORTERO

Mande V. madre.

MADRE PATROCINIO

Haciendo señas de que espere a que acabe de leer. Se persigna y cierra el libro.

Le hice a V. venir para repetirle lo de todos

los días. Además, ha de decir V. a esa pobre mujer que procure ser menos exagerada en sus manifestaciones.

PORTERO

Ya lo hice, madre.

MADRE PATROCINIO

Bien, bien. La que no hizo caso fué ella; ya lo sé. Por eso... Esos gritos, esas exclamaciones tan destempladas son imposible de tolerar aquí. Más de veinte años lleva V. en el Sanatorio y aun no se ha querido convencer de que en esta casa no se puede gritar ni llorar escandalosamente. El estado de ánimo de los enfermos que vienen a buscar aquí su curación—que no es otra que una cura de paz y de tranquilidad—se perturba. Y eso V. lo sabe.

PORTERO

Lo sé, madre Patrocinio, lo sé. Y la madre Patrocinio me dispense, pero yo... no lo puedo remediar. Toda mi intención viene al suelo cuando esa pobre mujer llora... ¡Si viera V. qué cara de pena tan grande pone esa pobre madre... Yo ruego a V. que me perdone esta debilidad de mi carácter... yo prometo a V. que no daré lugar a que vuelva a llamarme la atención. Soy torpe, torpe...

MADRE PATROCINIO

Nó, torpe nó. No se trata de su torpeza sino

de su poca energía. Y aquí, en esta casa, -- ¡cuantas veces se lo habré repetido! -- hay que sacar fuerzas de nuestra propia flaqueza, hay que contener un poco al corazón...

PORTERO

Yo haré cuanto V. me ordena, madre Patrocinio.

MADRE PATROCINIO

¡Como siempre! Propósitos no le faltan a V., lo que le falta es voluntad.

PORTERO

¡Voluntad! ¡V. no sabe, madre, de cuanta se necesita para poder prohibir que una madre llore a presencia de un hijo que va consumiéndose día por día. Yo no sé cómo explicarlo, madre Patrocinio, pero cuando esa pobre mujer, que está convencida de que su hijo se morirá muy pronto, se abraza a él para despedirse hasta la otra semana; a mí me parece como que aquello es una despedida... de una vez... vamos, para siempre. Y yo no sé o no puedo impedir, de lo que yo mismo me acuso y V. me riñe.

MADRE PATROCINIO

Emocionada.

Bueno, basta.. Procure V. dominarse un poco y sufrir. Ofrezca V. a nuestro Señor su sufrimien-

to y ofrézcalo en bien de la salud de ese pobre enfermo y del dolor de esa madre...

PORTERO

¡Vé usted! También usted, madre Patrocinio, comprende, aun que no lo quiere decir, que no hago mal del todo.

MADRE PATROCINIO

Bueno, bueno. El señor Director se me quejó ayer tarde y hay que respetar sus órdenes. Puede retirarse a la portería.

PORTERO

Quede V. con Dios, madre.

Vase al sitio indicado.

MADRE PATROCINIO

El vaya con V. (A la madre Jesús) Este Francisco es tan bueno...

MADRE JESUS

¡El señor Director tiene razón, hermana! Ayer, cuando hizo la visita, encontró a ese muchacho en un estado tal de apocamiento que temió que los ataques que con tanta frecuencia le vienen dando, se repitieran y, ahora de una manera fatal... El no dejó de quejarse del pecho y durante todo el día dijo que sentía el brazo izquierdo herido. El señor Director advirtió que había nece-

sidad de prohibir que el enfermo recibiera visitas...

MADRE PATROCINIO

¡Oh! Sería horrible para esa pobre madre!

MADRE JESUS

Más lo sería que se muriera por su culpa.

MADRE PATROCINIO

¡De todas maneras ha de ser!

MADRE JESUS

Es verdad.

MADRE PATROCINIO

Pues entonces... Escuche hermana:

Abre el libro y lee.

«En aquel amor inmenso
que de los dos procedía
palabras de gran regalo
el padre al hijo decía
de tan profundo deleite
que nadie los entendía.
Solo el hijo lo gozaba
que es a quien pertenecía...
Pero aquello que se entiende
de esta manera decía:
nada me consuela, hijo,
fuera de tu compañía...

MADRE JESUS

¡Oh, madre literata! Vea que está bien cuanto dijo el santo Juan de la Cruz; mas no curaría con ello la salud de ese joven.

MADRE PATROCINIO

Como quiera, hermana.

ENFERMERA PRIMERA

Por 1.º derecha.

Madre Patrocinio. El señor Director me manda en su busca.

MADRE PATROCINIO

Voy allá.

ENFERMERA PRIMERA

En la sala de visitas espera. Yo voy a la farmacia. (Mutis)

MADRE PATROCINIO

A pasar junto a Enferma.

Ya va siendo tarde. El vientecillo del crepúsculo no le hace bien; debe V. retirarse.

ENFERMA

Como V. mande, madre.

MADRE PATROCINIO

Sí, sí. Hermana Jesús, acompáñela.

MADRE JESUS

A enferma.

¿Vamos? (Mufis las dos, del brazo por la escalera)

MADRE PATROCINIO

A enfermo 1.º

Siempre está V. leyendo. No fije tanto la atención. El tanto leer le hará mal. Aun está V. débil.

ENFERMO PRIMERO

No, madre.

MADRE PATROCINIO

Bien, bien, Como quiera.

ENFERMO SEGUNDO

Descubriéndose al paso de la madre.

Buenas tardes, madre.

MADRE PATROCINIO

Ayudándole a cubrirse.

No se descubra, hermano; no se descubra.

ENFERMO SEGUNDO

Gracias, madre.

Doña Cristina y Maria Isabel entrando en la galería por la izquierda. Maria Isabel es una enfermera de una belleza melan-

cólica y humilde que encanta con solo su presencia. Su vida entera que ya llegó a los veinticinco años, se ha deslizado en el Sanatorio, donde naciera. Y así, el alma de María Isabel toda bondad, se ha moldeado en aquel ambiente de tristeza recóndita, que gravó en su rostro un gesto de sumisión. Conduce del brazo a Doña Cristina, para la que tiene solicitud de hija. Doña Cristina es una señora de sesenta años, de una gran bondad de semblante al que, de cuando en vez se asoma como un vago matiz de mujer voluntariosa, acostumbrada a no ser jamás desobedecida. En toda ella hay como una gran prestancia rubricada por la medida de sus manos, que se mueven en ademanes señoriales.

DOÑA CRISTINA

Madre Patrocinio, ¡bueno tiene V. a mi hermano! Allá quedó, en la sala de visitas, dando rienda suelta a su geniecito.

MADRE PATROCINIO

Tiene razón el señor Director.

DOÑA CRISTINA

Vaya, vaya y verá. Y prepárese ¿eh?

MADRE PATROCINIO

Yo no temo al señor doctor. Es muy bueno y

nos llevamos bien. Treinta años que nos conocemos y aun no hemos reñido seriamente. Cuando le veo muy irritado yo digo que es algo así como un fuerte remolino de viento; sopla, aturde un poco, arrastra en mil vueltas a las hojas secas pero enseguida pasa y... las hojas quedan otra vez en el mismo sitio. ¡Si fuera mas temeroso de Dios y de su Santa ley!

ENFERMERA SEGUNDA

Llamando.

¡Madre Patrocinio!

DOÑA CRISTINA

Vaya, vaya enseguida y verá.

MADRE PATROCINIO

¡Je, je!... Adios doña Cristina.

Mufa izquierda.

DOÑA CRISTINA

El, vaya con V.

Suena la campana, en tres toques lentos e iguales. TAN. TAN. TAN. Los enfermos se van retirando por la escalera, cruzando la galería de derecha a izquierda. Doña Cristina, que ha bajado la escalera, entra en escena, sentándose. A su lado María Isabel, en pie.

DOÑA CRISTINA

Que bien se está aquí. ¡Hermosa tarde! Hasta se respira mejor. No parece que estemos ya en otoño... Siéntate María Isabel. No tengo ganas de encerrarme hoy tan temprano.

MARIA ISABEL

Sin embargo, la humedad puede perjudicarla.

DOÑA CRISTINA

No hay cuidado. Siéntate. Ya estoy completamente curada. Hoy va para los quince días que me dieron el alta y, ya ves. ¡Se está tan agusto en Villa-Salud! (Reparando en María Isabel) ¡Estás triste? Sí. No puedes negármelo. Para esta vieja no es difícil acertar. Es uno de los pocos privilegios que nos traen los años; el dolor de haber conocido demasiadas personas—que no todas nos fueron leales—lo mitiga un poco esta especie de clarividencia para descubrir y leer en los corazones, sobre todo si son tan jóvenes como el tuyo.

MARIA ISABEL

No, señora, no.

DOÑA CRISTINA

¡Ah, ya lo creo! Estás triste, mejor dicho, te has puesto triste desde que oíste a mi hermano

y comprenderás que no es preciso ser adivina para saber por qué.

MARIA ISABEL

No, doña Cristina; yo le aseguro... El señor Director no me ofendió en nada. Cuando me riñó, razón tendría para ello. Tampoco tendría yo derecho a darme por ofendida con el señor Director. El señor Director es muy bueno; siempre fué muy bueno para mí. Yo también conozco bastante el carácter del señor Director.

DOÑA CRISTINA

No, no muchacha, no va por ahí. A que va a resultar ahora que conozco yo mejor que tú la causa de esa tristeza tuya. ¡Que te riñó mi hermano! Pero, inocente, si esa regañeta es más bien un elogio. ¡Buena culpa ha sido la tuya con pasarte la noche en vela al lado de esa enferma que se agravó ayer, no teniendo más obligación que atenderme a mí que ya, gracias a Dios, no necesito de cuidados.

MARIA ISABEL

Es que yo...

DOÑA CRISTINA

Intimamente halagada.

¿Verdad que tengo razón?

MARIA ISABEL

Nunca le falta a V. doña Cristina.

DOÑA CRISTINA

Con franqueza; ¿verdad que la tengo?

MARIA ISABEL

Sí, señora.

DOÑA CRISTINA

¿Tanto lo sientes?

MARIA ISABEL

¡Mucho! Sí, señora, mucho.

DOÑA CRISTINA

¡Qué buena eres muchacha!

DOÑA CRISTINA

Y, ¡como no quiere V. que lo sienta? Estaba tan falta de ese cariño que entró con V. en esta casa.

DOÑA CRISTINA

¡Maria Isabel!

MARIA ISABEL

No, no me reproche; no es que me quejo. ¡Ni nunca pude quejarme! Fuera infame ingratitud en mí, no agradecer cuanto aquí se ha hecho conmigo. Cariño de padre—yo supongo que así deben querer los padres—me tuvo siempre el señor Director: como una madre, santa y buena, fué para mí la madre Patrocinio. Pero V. en los

diez meses que hace que entró en el Sanatorio me dió otra cosa, que ni el señor Director supo darme por que es hombre; ni la madre Patrocinio, por que la madre Patrocinio... No sé como decirlo, señora. Por que la madre Patrocinio... ¡tiene que repartir su cariño entre tanta gente! ¡Quien soy yo, tampoco, para pedir más!

DOÑA CRISTINA

La madre Patrocinio es una santa.

MARIA ISABEL

Más que santa lo fué siempre para mi, si señora. No, no es eso; no supe decir lo que quería. Cuanto pueda quererse, con toda el alma, me quiso y quiero yo a la madre Patrocinio, pero... Ya lo dige antes; no es eso. En usted encontré una ternura, una dulzura tal, que nunca antes hube tenido. Verá V. doña Cristina; en aquellos días en que su salud de V. reclamaba de todos mis desvelos y yo llegaba a V. me sentía acogida como en un regazo; su estado me inspiraba, no el cumplimiento de mi obligación fria y sistemática de enfermera, sino la cordialidad que ponemos en una persona de nuestra familia. V. no era una enferma, doña Cristina, sino mi enferma.

DOÑA CRISTINA

¡Bien sabes ganarte los cariños, mimosilla!

MARIA ISABEL

¿Yo, señora! Es que V. lo dá todo. A cada desvelo mio, sucedía una caricia de estas manos (Por las de Doña Cristina) que saben tanto de caricias por que son manos de madre... Cada atención que mis deberes imponían era pagada por V. con creces. ¿Recuerda V. doña Cristina? Un dia me llamó V. —¡hija mia!— ¿Cómo olvidarlo señora? Por que yo—no sabré explicarme—yo, que tenía como abierta de par en par mi alma, siempre en espera de ese grande amor, sentí que con aquella palabra de V. entraba en ella eso, todo eso que me faltaba.

DOÑA CRISTINA

¡Vaya, muchacha, qué cosas dices! Y qué afán de sacar las cosas de quicio. Todo eso que te faltaba lo fué para tí la madre Patrocinio.

MARIA ISABEL

Es un cariño de otra clase, señora. Yo no he conocido a mi madre, V. lo sabe ¿verdad? La pobre entró aquí muy enferma y mi vida costó a ella la suya. Pues eso es lo que yo quiero decir. Cuando V. me habla con su voz llena de cariño, sin saber por qué, sin darme cuenta, pienso en ella, ¡y pienso que también ella me hubiera hablado así!...

DOÑA CRISTINA

¡Bah, Maria Isabel! Yo no hago otra cosa que

corresponder, con mi afecto, a la solicitud con que cumples tus deberes para mí. Eres exajeradilla, sí, exajeradilla en la verdad, pero exajeradilla.

La acaricia las manos que tendrá entre las suyas.

MARIA ISABEL

Alentada.

¿Se acuerda V. señora? Fué aquella tarde en que V. ya mejorada, en este mismo sitio, cuando solas las dos como ahora lo estamos, usted salió por primera vez de su departamento despues de aquellos dos meses en que tanto se agudizó su estado. Yo, junto a V. con esa alegría, no sé si por un poco de egoismo y otro poco de vanidad por que yo sola, con mis cuidados, me parecía ser la razón de su mejoría, charlaba y charlaba... Usted se reía escuchando mis locuras de chiquilla un poco bobalicona y me besó V. Yo sentí que dentro de mí se abría como una gloria de ternura y lloré y reí todo a un tiempo, y sentí ganas de correr y saltar como un pájaro por que aquello, señora, era nuevo para mí; por que jamás, en mi vida, en toda mi vida había sentido lo que es un beso en la mejilla, ni sabía de la ternura de un abrazo que nos hace caer sobre otro pecho juntando los corazones. Por eso señora, por eso dijo V. bien antes. Tengo pena, ya que muy pronto, demasiado pronto,

usted saldrá del Sanatorio, dejando aquí a esta pobre enfermera que no tiene ni derecho a reclamar de V. un recuerdo, ya que no hice otra cosa que cumplir con mis deberes... ni daré otros besos que los frios besos en las manos de la madre Patrocinio... ¡ni volveré a recibir más besos en la cara! (Emocionada y llorosa)

Durante las últimas frases, el Director acompañado del doctor González, habrá entrado en escena por la derecha. Quedan en pié escuchando el relato de Maria Isabel. Con ellos llega también la Madre Patrocinio que se quedará rezagada, al pié de la escalera, como hablando con alguien.

DOÑA CRISTINA

Pues ven, ven. No en la mano. En la cara y ¡muchos! Como te mereces.

MARIA ISABEL

Abrazándola y besándola.

¡Qué buena es usted!

DOÑA CRISTINA

Dulcemente. Emocionada.

Pero, chiquilla, deja ya; que me ahogas y... me vas a hacer que flore. ¡Pues no vas a entermecermel...

DIRECTOR

Que lentamente ha avanzado
hasta ellas.

Y ¿sabes lo que digo yo? Que no tendrías corazón si no lo hicieras.

MARIA ISABEL

Temerosa.

¡Señor Director!...

DIRECTOR

Anda, sigue. Si también yo me siento con ganas de echar mis lagrimitas y... ¡hasta de dejar que me beses, muchacha!

MADRE PATROCINIO

Que ha entrado.

Vamos, vamos, María Isabel, no molestes más a doña Cristina.

MARIA ISABEL

¿Yo?... ¡Madre!

DOÑA CRISTINA

No la riña V. madre Patrocinio.

MADRE PATROCINIO

Como V. quiera, señora. Pero, esa falta de respeto. ¡Esta chiquilla!

DIRECTOR

¿Falta de respeto dice V.? Déjela, madre. ¿Falta de respeto besar?

MADRE PATROCINIO

Besar de esa manera, sí.

DIRECTOR

Pero si es el alma entera de Maria Isabel que habla su lenguaje de amor. Y amor es sumisión y vasallaje—más que respeto—porque el respeto es frío y circunspecto y el amor es esclavitud del alma, que no tiene otro idioma que los besos. (Al doctor González) ¿No le parece a usted, compañero?

DR. GONZÁLVEZ

Efectivamente.

MADRE PATROCINIO

¡Qué don Lorenzo éste!

DIRECTOR

¡A ver que tiene V. que decir de don Lorenzo! ¿No es cierto cuanto digo?

DOÑA CRISTINA

¡Pero hombre, que siempre has de dar tú tu pitadita!

MADRE PATROCINIO

No sé si será cierto. En esta vida nuestra, ¡sabemos tan poco de esas cosas! Dulce lenguaje de amor son los besos, en verdad. Besar las manos es alta expresión de gratitud y humildad; besar los pies es muy grande señal de humillación, que Nuestro Señor agradece y paga con toda su divina generosidad... ¡Mas el beso en el rostro, es beso pagano!

DIRECTOR

¡Pagano, pagano! En la frente besó Maria a su hijo cuando se lo entregaron muerto al pie de la Cruz; en la cara besan las hijas, las hermanas y las esposas. ¿Qué mayor santidad de amor hay, madre Patrocinio, que estos santos amores?

DOÑA CRISTINA

¡Jesús, Jesús, qué loco!

MADRE PATROCINIO

Santiguándose.

¡Ave María purísima!

DIRECTOR

A Maria Isabel.

Y tú ¿qué me contestas?

MARIA ISABEL

¡Yo, señor Director, pobre de mí! Yo ruego a

V. que me perdone, madre. Si he obrado mal, castígueme, impóngame una penitencia. No supe lo que hice.

DOÑA CRISTINA

Eso nó. Lo hiciste porque yo lo quise y lo pedí.

DIRECTOR

¿Que estás diciendo, muchacha? Todos te perdonamos. Y usted, madre Patrocinio, la perdona también.

MADRE PATROCINIO

A María Isabel.

Anda, anda. El señor González está esperando que vayas con él. Yo quedo aquí con doña Cristina.

MARIA ISABEL

¿Me perdona V. madre?

MADRE PATROCINIO

Le dá a besar la cruz del rosario.

DIRECTOR

Ego te absolvo.

Mutis María Isabel y González por la escalera.

DOÑA CRISTINA

¡Es un angel la muchacha esta!

MADRE PATROCINIO

Toda ella es bondad, más... ¡es tan impulsiva que es preciso contenerla y refirla de cuando en cuando!

DIRECTOR

¡Oh, nó, madre! Déjela en libertad y no la ponga trabas. Es un caracter viváz y apasionado el suyo. De su condición y linaje espiritual salen las mártires y las heroínas.

DOÑA CRISTINA

No siempre, Lorenzo.

MADRE PATROCINIO

Tiene V. razón, señora. Tambien—¡Dios me perdone!—salen las grandes pecadoras.

DIRECTOR

Eso nó por lo que respecta a María Isabel. María Isabel es toda corazón y vehemencia; pero todo su corazón y toda su vehemencia están fundidas en una bondad sin límite. Tan gran bondad respira toda ella que atrae hacia sí, en corriente de franca y rapidísima simpatía, a cuantos enfermos se le confían una sola vez. Sin ir más lejos; ahí tienen Vds. a esa pobre histérica del 36 que no consiente en que nadie le ponga las inyecciones si no es Maria Isabel.

MADRE JESUS

Desde la galería, llamando.

¡Madre Patrocinio!

MADRE PATROCINIO

Mande hermana.

MADRE JESUS

Haga V. el favor de venir.

MADRE PATROCINIO

Con permiso de V. señora.

DOÑA CRISTINA

Vaya V.

Mutls madre Patrocinio.

DIRECTOR

¿Tienes ya decidido el día en que vas a volver a casa?

DOÑA CRISTINA

Habré de decidirlo por fuerza.

DIRECTOR

Tan bien te vá aquí...

DOÑA CRISTINA

¡Ya lo ves! La pregunta no necesita de la respuesta. No sé que ha pasado por mí. Yo, que cuando me digiste que había de ingresar en el

Sanatorio, temblé de pavor y que el solo nombre de Villa-Salud me acobardaba y me llenaba de miedo, he llegado a acostumbrarme tanto a esta vida que, créeme, ahora estoy sintiendo tener que volver a la soledad de aquella casa nuestra.

DIRECTOR

Bien se conoce. Pero no creas que me sorprende, no. Se repiten con frecuencia estos casos. Al principio casi todos los enfermos tiemblan cuando se les habla de la necesidad de entrar en esta clase de establecimientos. No ven mas que bisturíes, batas blancas, mesas de cristal... Es que tienen un concepto equivocado. Ya ves; tú misma fuiste una de esas .. Y ahora. hace quince días que se te dió el alta, ya has podido salir y aun estás pensando cuando lo harás. Te advierto que al hablarte así no lo hago por nada, ahora; ¡que estás haciendo una falta en aquella casa!

DOÑA CRISTINA

Ya salió aquello. Comodón. El señor no tendrá sus cosas a punto. Te veo venir. Vé tú el inconveniente de haberse dejado llegar a viejo solterón.

DIRECTOR

¡Eh, pára, pára! Todavía me conservo Lo de

solterón, pase; pero lo de viejo... ¡Y quien me lo va a decir! Pues si te estás delatando tú misma.

DOÑA CRISTINA

Mi señor don Lorenzo, yo cumplí con mi destino. Me casé, tuve un hijo... y tuve el dolor de perder a aquel santo que fué mi marido...

DIRECTOR

Bueno, cambia el rumbo. No te entristezcas.

DOÑA CRISTINA

Pues vé ahí, por lo que temo volver a casa. Desde hace catorce meses que enviudé, me parece que es ahora la vez primera que voy a esta sola. Y así es en realidad. Por que cuando la muerte del pobre Manuel, que santa gloria halle, en que caí enferma, hasta ahora que vuelvo, es la vez primera que me daré cuenta de la soledad en que he de vivir sin él... El aturdimiento de los primeros días borraba de mí la noción de toda la grandeza de mi desgracia. Cuando pude darme cuenta de ella caí enferma y me tragué al Sanatorio... No quisiera volver allí.

DIRECTOR

Estoy yo, Cristina.

DOÑA CRISTINA

No te ofenda que prescindas de mí. Tú eres mi hermano. Me desespera pensar que jamás vol-

veré a tenerlo a mi lado; que no he de hallarlo cuando entre en las habitaciones que les eran familiares; en su despacho, trabajando; junto a mí, en el gabinete, en esas largas noches del invierno, que ya se acerca... Por eso temo volver, ya que aquí, en esta casa, la variación de cosas y personas me distrajeron un poco de mis tristezas. Y por eso cuando me digiste que ya estaba curada sentí un gran desconsuelo, porque con la vuelta de la salud se disipaba el ensueño de paz y me hizo ver claro que otra vez había que ir en busca del dolor que me espera en el hogar, vacío de sus cariños y cuidados, de esos cuidados que ahora necesito más que nunca, por que ya voy siendo demasiado vieja y no sé, ni quisiera saber tampoco, prescindir de ellos. Cuando los matrimonios se quieren como Manuel y yo nos quisimos, no deben sobrevivirse. ¡Pero, tengo una salud demasiado fuerte!...

DIRECTOR

¡Bueno, calla, mujer! No volvamos a las andadas. Lo que pasó porque Dios lo quiso, pasado fué. Hay que pensar en sobreponerse a lo que no tiene remedio. Tienes un hijo que adora en tí. Y tienes unos nietos que llevan en el pecho esa alegría que te hará olvidar...

DOÑA CRISTINA

¡Mis nietos y mi hijo, como si no los tuviera!

¡Un hijo que desde que se casó se fué a Inglaterra; un nieto—que sí que es el encanto de mi vida—pero, ¡gozo tan poco de sus diabluras! Dos meses de vacaciones durante Pascuas y Semana santa y después se lo llevan. De Mary no hablemos; ¡sólo conozco de ella los retratos! ¡Ni que naciera en España quiso la inglesota de su madre! ¡Y cuidado que es guapa el angel miol... (Breve pausa. Al notar el silencio del Director) ¿Pero, en qué estás pensando?

DIRECTOR

En que tienes razón en mucho de lo que dices.

DOÑA CRISTINA

En todo lo que dije.

DIRECTOR

¡Bueno; en todo...! Oye.. Pienso una cosa; no sé si te parecerá bien. Yo creo que sí. Tú dirás...

DOÑA CRISTINA

Pero, ¿qué es?

DIRECTOR

Pienso que estás muy sola, que es cierto cuanto dices, que en casa, a tu regreso, se te ha de hacer mas difícil la soledad en que vives, y en la falta de cosas que te distraigan, por eso... ¿Te inspira Maria Isabel mucha simpatía?

DOÑA CRISTINA

Más que simpatía, cariño. María Isabel se lo merece todo. ¿Por qué lo dices?

DIRECTOR

Por que si tú lo quisieras y lo quisiera ella, podrías llevarte a María Isabel a casa.

DOÑA CRISTINA

No lo autorizará la madre Patrocinio.

DIRECTOR

¡Tú qué sabes!..

DOÑA CRISTINA

María Isabel no es una enfermera como las demás; ella nació aquí; está ligada al Sanatorio de manera bien distinta. ¡Ah, si fuera posible, ya lo creo que me encantaría la compañía de María Isabel! ¿Pues quién, si no ella, ha sido quien hizo llevadero mi internado en Villa-Salud; y quien curó mi alma que, aunque tú no lo creas, era lo único que tenía muy enferma, medicucho?...

El Portero, apareciendo por el foro, toca la campana: TANTAN, TANTAN, TANTAN, TANTAN. Después avanza a la escena mirando a la galería, como esperando.

ENFERMERA

En la galería, al Portero.

La madre Patrocinio está en el comedor.
¿Quien la busca?

PORTERO

Mostrando un telegrama.

Es para darla esto.

ENFERMERA

Aguárdese; voy a llamarla.

Mutis por donde entró.

DOÑA CRISTINA

Estoy pensando que si tú digeras algo a la madre Patrocinio, tal vez. ¡Quizá no fuera difícil que accediera a que María Isabel se viniera a casa conmigo; ¿verdad?

DIRECTOR

No creo que ponga ningún inconveniente.

DOÑA CRISTINA

Es que te confieso que parece que has leído en mis intenciones. Cuantas veces, viendo la solicitud de María Isabel he pensado, ¡si yo pudiera tener a esta muchacha siempre a mi lado! Si no te lo dije nunca fué porque temí que resultara un disparate.

DIRECTOR

¡Disparate, nó! Aquí viene la madre Patrocinio; pronto vamos a salir de dudas.

DOÑA CRISTINA

Díselo tú.

La madre Patrocino habrá
entrado al patio por la escalera.
Dirigiéndose al Portero.

MADRE PATROCINIO

¿Qué quiere usted?

PORTERO

Este telegrama.

Mostrándole el que lleva en la
mano.

MADRE PATROCINIO

Traiga. (Leyendo la dirección) Es para el señor Di-
rector. ¿Ha tenido V. que llamarme estando aquí
el señor Director?

DIRECTOR

Al oírse nombrar.

¿Para mí...?

Lo toma de la Madre Patroci-
nio. Mientras que firma el reci-
bo, el Portero dice a la Madre.

PORTERO

Como la Madre Patrocino tiene ordenado
que todo cuanto se reciba se le entregue a ella.

DIRECTOR

Dando el recibo al Portero.

Toma.

MADRE PATROCINIO

Bueno, retírese. Y encienda ya el farol.

El Portero enciende el farol eléctrico que habrá ante el portalón. Mutis a la portería.

DIRECTOR

A Cristina.

¡Es de tu hijo! Que llegará de un día a otro, a traer a Nolín para ingresarlo en el Colegio. No dice la fecha porque quiere darte la sorpresa. Pero, ¿no te alegras, mujer?...

MADRE PATROCINIO

¡Dejará de alegrarse! También habrá de alegrarse don Manuel cuando la vea a V. tan bien curada.

DOÑA CRISTINA

¡Si fuera cierto que viniera, sí que me alegraría! Pero después de haberlo anunciado tantas veces, ¡qué sé yo! Me parece que no vendrá ahora tampoco.

Poco a poco va cayendo la tarde en un crepúsculo lento y sereno que va hundiendo al patio en una romántica penumbra.

DIRECTOR

Es que no ha podido antes, mujer. Ayer mismo recibí carta suya. Se me había olvidado dártela Toma.

DOÑA CRISTINA

Leémela tú, porque yo me he dejado los que-

vedos allá arriba y ya va faltando la luz.

DIRECTOR

¿Quiere V. leerla, madre?

MADRE PATROCINIO

Leyendo.

Viejecita mía, ante todo, estoy contentísimo porque según la última de tío Lorenzo ya estás buena del todo.

DOÑA CRISTINA

Interrumpiendo. Emocionada.

¡Pobre hijo mío!

DIRECTOR

Si en vez de alegrarte vas a entris'ecerte ten por cierto que me voy.

DOÑA CRISTINA

¡No tengo razón para ello!

DIRECTOR

Siga, Madre.

MADRE PATROCINIO

Continuando la lectura.

Después de haberte anunciado dos veces mi salida para esa, he tenido que suspenderla por causa de mis nuevos negocios de la fábrica. Pero no te disgustes, viejecita mía. ¿Verdad que mi niña vieja no va a disgustarse?...

DOÑA CRISTINA

Llorosa.

¡Qué bueno es el hijo de mi alma!

DIRECTOR

¡Ya acabó de enternecerse la madraza!

MADRE PATROCINIO

Leyendo.

...y que me dará muchos besos y yo también se los voy a dar a ella...

DOÑA CRISTINA

¡Muchos. muchos, por millares!

DIRECTOR

Pero Cristina, mujer, no interrumpas a la madre Patrocinio.

MADRE PATROCINIO

Continuando.

Nolín no cesa de instarme para que vayamos pronto, porque dice que tiene mucha gana de ver a su abuelita niña, como él te llama. Este verano ha sido para mí atareadísimo. A mediados de primavera, Mary y los niños se marcharon, con sus tios, a la casa de campo que tienen en Surrey. Yo no pude acompañarles. Después se trasladaron a las playas de Cowes. Tampoco pude estar con ellos mas que una semana. ¡Si vieras que bien le sentó a todos, en particular a

Nolín que está hecho un hombre! Hace diez días que volvieron a Glasgow. La niña ya está interna; yo, en cuanto ultime unos asuntos, iré a verte y a llevarte a Nolín y a estar contigo todo el tiempo que pueda. Esta vez mi estancia será larga; lo menos dos meses. Mis vacaciones quiero dedicarlas a mi vieja y a mi España de mi alma; ¡que nunca se quieren más, madre y patria, que cuando se vive lejos!...

DOÑA CRISTINA

Hace bien, Lorenzo; aquí, conmigo estará mejor. ¡Lo que habrá sufrido solo durante esos cinco meses, este pobre hijo mio!

DIRECTOR

Pues así deben estar siempre los hombres; solos, lejos de blanduras y gachonerías. Por tu gusto; como si lo viera, lo tendrías siempre cosido a tu falda.

DOÑA CRISTINA

¡Nunca dejan los hombres de ser niños para sus madres!

MADRE PATROCINIO

Leyendo.

¡Qué ganas tengo de estar a tu lado, madre, y de que me hagas aquellos pastelillos de frutas que me gustan tanto!

DOÑA CRISTINA

Por docenas se los ha de comer.

DIRECTOR

Golosinas de chiquillo mal criado.

MADRE PATROCINIO

A las que yo contribuiré con ese *pudding* de ciruelas que a V. tanto le gusta.

Entrega la carta a doña Cristina.

DOÑA CRISTINA

¡Cómo se lo va a agradecer Manolo! ¡Con lo goloso que es!

DIRECTOR

Bueno, basta de boberías que tengo que marcharme y me estoy entreteniendo con estas monsergas. A lo nuestro: Madre Patrocinio, como a mí me gustan las cosas; con claridad. Mi hermana tiene que hacerle a V. un ruego y busca en mí a su embajador. Conste de antemano que, al pedirlo ella, lo pido yo también.

MADRE PATROCINIO

Doña Cristina y el señor director tienen en mí una servidora humilde en todo y para todo... Diga V.

DIRECTOR

¿Promete V. acceder?

MADRE PATROCINIO

He dicho que tienen Vds. una servidora para todo.

DOÑA CRISTINA

Acaba hombre.

DIRECTOR

A la Madre.

¿Palabra de... señora?

MADRE PATROCINIO

Palabra de Madre Patrocinio.

DOÑA CRISTINA

¡Qué atroz eres!

MADRE PATROCINIO

Es muy bromista el señor director.

DIRECTOR

Pues oiga V. madre. Mi hermana desea vivamente y se lo ruega a V. que le permita llevarse a su casa a Maria Isabel. La quiere para sí, para tenerla junto a ella. Ha llegado a tomar tanto cariño a esa muchacha que ahí la tiene V. diciendo que no puede pasar sin sus cuidados. (La Madre no responde) ¿Le ha sorprendido?... Responda V. madre.

MADRE PATROCINIO

¡Yo!... Así... No sé, francamente, que responder a V. Es un caso tan raro, tan raro. Usted, don Lorenzo, que es el director del Establecimiento...

DIRECTOR

Yo soy el director técnico, madre Patrocinio. Esa es cuestión de su absoluta competencia. Por otra parte, no quiero que pudiera jamás pensarse que en esta, como en ninguna de sus atribuciones, se deja sentir mi intervención. Lo que sí me conviene repetir a V. es, que es a mi casa a donde vá.

MADRE PATROCINIO

Por eso vacilo. Si se tratara de otras personas no dudaría en negarme. Pero tratándose de Vds., sobre todo de doña Cristina, tan buena cristiana y tan temerosa de Dios.

DIRECTOR

Y por la misma Maria Isabel. Aquí, ¿qué la espera, madre? Hablemos con llaneza.

DOÑA CRISTINA

Tú siempre hablas con demasiada llaneza.

DIRECTOR

Maria Isabel es joven; jamás se asomó a la

vida. ¡Quien sabe si la vida la espera para alfombrar de flores su camino y hacerla feliz!

MADRE PATROCINIO

La felicidad, mejor dicho, el camino de la verdadera felicidad está aquí, entre el dolor de los enfermos que reclaman nuestro sacrificio. ¡No se vá a la felicidad sino por caminos de caridad y de dolor.

DIRECTOR

No discutamos, madre. ¿Usted accede?

MADRE PATROCINIO

Por mi parte... Lo que quiera María Isabel. Será un sacrificio más que ofrecer a Nuestro Señor. Porque en esta casa, ¡tambien queremos tanto a esa chiquilla!

DOÑA CRISTINA

¡Gracias, madre; muchas gracias!

DIRECTOR

Bromista.

Veo que no es usted tan mala como yo creía.

DOÑA CRISTINA

¡Ave María Purísima!

MADRE PATROCINIO

¡Qué don Lorenzo éste!

DIRECTOR

Y ahora, cumplido mi encargo, me voy, que con todas estas bobadas se me ha ido pasando el tiempo. Usted lo pase bien, madre. Y no me guarde rencor. Hasta mañana.

MADRE PATROCINIO

Dios vaya con V.

DIRECTOR

Adios, Cristina; ya estarás contenta. Nunca dejarás de ser una niña consentida. (La besa) Mañana ultimaremos esto.

DOÑA CRISTINA

Adios, loco, adios.

Mutis el director por el portón
que abre y cierra tras él.

MADRE PATROCINIO

Cuide V. mucho de ella, señora. El mundo está lleno de peligros y ella... es un angel del cielo.

DOÑA CRISTINA

Descuide V. madre.

MADRE PATROCINIO

Voy a llamarla. Ella se alegrará mucho, mucho, cuando lo sepa. Tiene derecho a ser feliz, señora.

DOÑA CRISTINA

Y lo será; lo será hasta donde yo pueda.

MADRE PATROCINIO

Lo sé, lo sé. Por eso yo también estoy contenta, muy contenta.

Mutis en dirección a la escalera. Inútilmente hace por reprimir el llanto y la congoja que se escapa de su pecho. Al cruzar la galería se limpia los ojos disimuladamente. Doña Cristina ha quedado sola por breves instantes, durante los cuales se esforzará, inútilmente, en volver a leer la carta.

MARIA ISABEL

Aprisa, alegremente, por donde salió la Madre.

Perdóneme, doña Cristina que haya dado lugar a que me mande llamar. Ya me ha dicho la madre Patrocinio...

DOÑA CRISTINA

¿Te ha dicho ya la madre...?

MARIA ISABEL

Si... Es Vd. una santa, señora... Y la madre Patrocinio también es una santa.

DOÑA CRISTINA

Intimamente satisfecha y embobada.

Pues sí, estaremos juntas y para siempre,

para toda nuestras vidas. ¿Quieres, verdad?

MARIA ISABEL

Con toda el alma, señora. ¡No lo sabe V.! Pero si lloro de alegría con solo pensarlo... Yo seré para V. una esclava, adivinaré sus deseos, velaré su sueño, la arroparé en el lecho cuando duerma, pasearemos al sol en las tardes de invierno, llenaré de flores su casa en primavera... Yo haré cuanto V. quiera, cuanto V. piense y desee. ¡Y tendré en mi cuarto, sobre la mesa, junto al cuadro de la Virgen, el retrato de mi madre... que aquí no puede tener!

DOÑA CRISTINA

Calla, calla, aturdida. Tú no harás nada de eso; ni se trata de que seas mi esclava, ni llevarás flores, que te las llevarán a tí para que se las pongas a ese retrato. Tú serás como una hija—ya que el cielo me quitó la única que tuve—como mi sol, que todo lo que hace falta en aquella casa lo llevas en tí: la bondad de tu corazón y la alegría de tu juventud.

MARIA ISABEL

Exaltada

¡Doña Cristina, bendita sea V.! ¡Madre mía!

DOÑA CRISTINA

¡Hija! (Caen llorando la una en los brazos de la otra)

En una campana remota sue-
na el Angelus. Por la galería
de derecha a izquierda, cruzan
monjas y enfermeras, llevando
del brazo a los enfermos.

MARIA ISABEL

En voz baja, como temerosa
de romper el encanto de la hora

¿Quiere V. subir a la capilla?

DOÑA CRISTINA

No. Esta tarde quiero rezar aquí; las dos so-
las. Hoy me parecería pequeña la capilla, para
que quepan allí mis alegrías, Dios me perdone.
Aquí mismo rezaremos, sin paredes ni techo,
frente al cielo, en el que ya brilla el lucero de
la tarde. Empieza. (Saca un rosario que entrega a María
Isabel.)

MARIA ISABEL

En pié, junto a Doña Cristina
sentada. Persignándose.

El Angel del Señor anunció a María y concibi-
bió por obra y gracia del Espíritu Santo. Ave
María. Dios te salve, María, llena eres de gra-
cia, el Señor es contigo, bendita tú eres, entre
todas las mujeres y bendito es el fruto de tu
vientre Jesús.

DOÑA CRISTINA

Santa María, madre de Dios, ruega por noso-
tros... (Sigue rezando en un murmullo)

Se interrumpe por la llegada del Director.

DIRECTOR

Llamando. Desde el foro.

¡Cristina... Cristina!

MARIA ISABEL

Interrumpiendo el rezo.

¿Otra vez el Sr. Director? ¡Es raro!

El Portero ha abierto la puerta y en ella aparecido el Director. Tras él llega Manolo, vestido en traje de viaje. Manolo es un hombre de treinta y cinco años, de aspecto franco y noble, rigurosamente afeitado. Todo su tipo denota la influencia del que vivió muchos años fuera de su patria. Su porte distinguido, de atildada corrección británica, contrasta con la vehemencia de su palabra. Tiene una bella entonación, que dá a sus frases la exótica música de un castellano hablado con ligero matiz extranjero.

DIRECTOR

¡Cristina, Cristina! Mira a quién te traigo aquí.

MANOLO

Parado en el fondo.

¡Madre!

DOÑA CRISTINA

¡Hijo! Ven.

MANOLO

Avanzando rápidamente en su vehemencia por abrazarla.

¡Madre mía!

Uno y otra se besan. La madre Patrocinio y otras monjas, sorprendidas, se han asomado a la galería.

MADRE PATROCINIO

¿Qué es eso?

DOÑA CRISTINA

Con júbilo incontenible.

¡Mi hijo, madre, mi hijo que ha venido!

MANOLO

A doña Cristina.

¿Es la madre Patrocinio?

DOÑA CRISTINA

Asiente con la cabeza. Después, presentando a María Isabel.

Manolo, mi enfermera. A esta muchacha debo la salud y tal vez la vida.

MANOLO

Desenvuelto y mirándola atentamente.

Gracias, señorita. Si la cara es el espejo del

alma, la de V. debe ser suma de perfecciones.

MARIA ISABEL

Turbada y ruborosa.

Su madre de V. es una santa.

Cuadro. Madre e hijo se besan, abrazados. La madre Patrocinio ha entrado en escena y sonríe bondadosamente al Director. María Isabel sigue en una actitud humilde, abatida la frente y dando vuelta entre sus manos al rosario. El telón cae lento.

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

Gabinete en casa de Doña Cristina. Muebles lujosos aunque de época pasada. A la derecha, en chafán, y como formando un departamento aparte, hay una rotonda con mirador de grandes ventanales con visillos de tul y encage descorridos, tras los que se ven las ramas de los árboles del jardín; más allá el horizonte rosado de un bello crepúsculo de primavera. En esta parte del gabinete los muebles, de moderno estilo, hacen contrastar bellamente la gracia ligera de sus líneas con la severa suntuosidad de los del resto de la estancia. Hay un gran quinqué de pie. En repisas, Tanagras y reproducciones del Apolo de Belvedere y otras esculturas clásicas. En las paredes, bronce y cuadros al óleo, jarros y platos de Talavera. Tapices en las puertas. A la izquierda de la escena mesita auxiliar con libros, y sobre ella un quinqué eléctrico de pantalla naranja. A su lado un cómodo butacón, cubierto por un raro tapiz. La habitación debe dar la impresión de riqueza y buen gusto, reflejándose en ella el carácter severo de Doña Cristina, juntamente con la gracia joven que en la rotonda imprimiera el gusto de María Isabel. Puertas laterales. Al foro puerta que lleva a otras habitaciones y a la calle. Doña Cristina y don Lorenzo sentados ambos, en sendas butacas, ante el ven-

tanal. Tiene el semblante de esta señora, como una ténue demacración que aristocratiza su perfil. El pelo ha encanecido tal vez demasiado para los pocos meses que han transcurrido desde su salida del Sanatorio. No obstante la tibieza de la tarde, sobre la falda de la señora hay una piel de tigre. Algunas hojas del ventanal están abiertas.

DON LORENZO

Continuando una conversación

No podrás quejarte. El paseo te ha sentado bien. Tienes mejor color... Hasta la expresión de la mirada es más alegre...

DOÑA CRISTINA

No me hago ilusiones. Estoy convencida de que no estoy tan bien como tú me mientes. ¡Ah! demasiado sabes tú que me sobra la razón. Lo que es que... por no alarmarme...

DON LORENZO

¡Que niñería! Ni yo ni nadie puede dar una importancia que no tiene a esos estados pasajeros tuyos. Fueron arrechuchos que ya han pasado. Te aseguro a fé de médico que te encuentro mejor que nunca...

DOÑA CRISTINA

No te esfuerces en convencerme. Ni me importa tampoco. ¡Qué puedo esperar ya! Si no fuera por vosotros, estaría deseando morirme.

Siete meses hace que volví a casa y no puedo acostumbrarme... ¡Si no fuera por tí y por mi hijo...!

DON LORENZO

Pues lo que es por nosotros no te preocupes... Ya vamos siendo talluditos... En serio: ¿No te parece una tontería que te obstines en estar siempre entristecida...? Es cierto que el invierno estuviste peor, un poquitín peor nada más. Pero pasó aquel y con él pasó también tu enfermedad, si aquello pudo llamarse así. Buena prueba de fortaleza has dado esta mañana paseando a pié mas de hora y media...

DOÑA CRISTINA

Y si yo te dijera que no es eso. Hay algo moral que me preocupa. ¿Quieres que te sea franca? Pues ahí vá. Mas tarde o mas pronto, por razón natural, porque yo soy más vieja y tú eres más fuerte de salud, yo he de morir antes...

DON LORENZO

No digas tonterías.

DOÑA CRISTINA

Escúchalas que no lo son del todo.

DON LORENZO

Si continúas por ese camino, no te escucho...

DOÑA CRISTINA

Pero si es por vosotros... Yo he de morir antes y la Virgen no me lo tome en cuenta, pero quisiera que no se hiciera esperar mucho.

DON LORENZO

Y dale.

DOÑA CRISTINA

¡Qué va a ser de tí y de mi hijo...! ¡Y de esta pobre María Isabel!

DON LORENZO

Si todos esos son los problemas, puedes morirte tranquilamente. Tu hijo no te necesita, porque ya supongo que estará acostumbrado a pasar sin tus bobadas en los trece años que hace que se casó...

DOÑA CRISTINA

¡Pobre hijo mío! Se casó. ¿Pero lo que Dios le deparó fué una mujer? ¿Tuvo él—¡ya lo has oído lamentarse más de una vez!—un cariño hondo y desinteresado de esposa? ¿Supo el pobre de las dulzuras de un hogar, donde ella y él viven en una comunión de los pensamientos y de los corazones...? ¿No sabes lo desgraciado que es; no estás convencido de que no es feliz...? Ya lo has visto. A traer a Nolin vino a comienzos de Octubre y ahí le tienes; nada le retiene en España

y... ya son varios meses los que lleva entre nosotros.

DON LORENZO

¡Tu hijo! Siempre sereis así las madres. No creas que lo censuro, no; pero siempre habreis de tener el egoismo de creeros indispensables.

DOÑA CRISTINA

¡Egoismo .! ¡Que crueldad!

DON LORENZO

Bueno. Dejemos esto. Conformes, porque no quiero contradecirte. De quien no tienes que preocuparte es de María Isabel ni de mí. María Isabel está aquí en su casa y yo estoy también aquí para que nada la falte. ¿Hemos terminado?

DOÑA CRISTINA

¡Hombre, tú vives en la luna! ¡Si yo faltara..!
¿Tú comprendes que podía continuar aquí esa muchacha ni un momento más..?

DON LORENZO

¿Quién había de oponerse?

DOÑA CRISTINA

¡Quién! El mundo entero; los deberes sociales; las cuarenta mil cosas que se oponen a que una mujer joven y guapa, como María Isabel, viva en compañía de un hombre soltero..

DON LORENZO

...de un hombre soltero... joven y guapo. Pero de un vejestorio que casi ya chochea... Yo estoy por cima de esas necesidades.

DOÑA CRISTINA

Necesidades o no, así es la gente y tú vives entre ellas y de ellas... ¡Bonita situación la de don Lorenzo Villalta, el sabio neurópata, el afamado Director del Sanatorio de Villa-Salud, haciendo vida en común con una pobre enfermera que sacó del Sanatorio y se llevó a su casa!

DON LORENZO

Pues creo que lo más piadoso no sería echar otra vez a la calle a la pobre enfermera.

DOÑA CRISTINA

Eso sería cruel.

DON LORENZO

Entonces...

DOÑA CRISTINA

Hay un medio.

DON LORENZO

Que yo no adivino.

DOÑA CRISTINA

Cásate con María Isabel.

DON LORENZO

Escéptico e irónico.

¡Ja, ja! Eso sería grotesco, si no fuera demasiado triste. ¡Cásate..! ¿Estás en tu juicio, Cristina? Pero ¿tú me has mirado a mí a la cara o creés que no me he mirado yo..? No, Cristina, no. María Isabel me inspira un cariño hondo y sincero, pero a mis años esos cariños tienen mucho de paternales. Y aunque yo, por una locura... (Niega Doña Cristina con la cabeza) Sí, sí, no niegues, por una verdadera locura, aceptase eso que me propones ¿y ella? Yo no puedo exigir que María Isabel me ame. Porque ella tiene derecho a un hombre que ría con ella, que con ella vaya por la vida con esas adorables impremeditaciones de la juventud que no reflexiona. Ni aún en el caso de que María Isabel aceptara esa locura tuya y se me cediera para mujer, yo lo rechazaría. No soy tan ridículo que pueda pensar que una mujer joven, al consentir en casarse conmigo, lo hacia por amor; en este caso, de hacerlo, lo haría por gratitud... y yo, Cristina, pobre ilusa, no hago el bien por merecer esa gratitud. Es en una de las cosas en que los hombres de mis ideas nos diferenciamos de las personas de las tuyas. Vosotros haceis el bien en espera de una recompensa; algo así como una letra que giráis aquí abajo para endosarla al cie-

lo; nosotros lo hacemos porque si... por hacerlo...

DOÑA CRISTINA

¿Has acabado ya..?

DON LORENZO

Pero no porque no se me ocurren más cosas...

DOÑA CRISTINA

¿Y si ella voluntariamente, espontáneamente, sin coacción..?

DON LORENZO

Ah. Pero es que tu crees...

DOÑA CRISTINA

Por qué no...

DON LORENZO

Vivamente.

Però tú sabes algo... Dime, dime.

DOÑA CRISTINA

Saber, nada. Te lo aseguro.

DON LORENZO

¡Que sé yo lo que haría! Verdaderamente, la belleza de María Isabel...

Manolo y María Isabel entran por el foro. Esta trae un gran ramo de rosas. María Isabel viste un elegante traje de primavera. Su aspecto ha cambiado adquiriendo una desenvoltura en los ademanes que contrasta con la timidez de su pasada vida de enfermera. Toda ella ha adquirido esa distinción peculiar de la mujer inteligente que con facilidad se adapta a un medio de refinamientos.

MANOLO

Ya estamos de vuelta.

MARIA ISABEL

Miren ustedes: don Manuel se empeñó en cojer todas estas flores para que las llevara a mi cuarto. Yo no quería tantas. (A doña Cristina) ¿Se siente V. bien?

DOÑA CRISTINA

¡Pse! (Reparando en un dedo que María Isabel llevará cubierto con un dedal) Te has herido muchacha; ¿cómo te has herido?

MARIA ISABEL

No ha sido nada. Fué en la rosaleda: don Manuel por un lado y yo por otro, ninguno de los dos nos veíamos. Al ir don Manuel a cortar una flor me hirió con sus tijeras.

DON LORENZO

No es difícil confundir tus dedos con capullos de rosa.

MARIA ISABEL

Dejando las flores sobre un mueble.

¡Oh, por Dios!

MANOLO

¿Cuándo dejará V. de llamarme don Manuel?
¿Tan viejo le parezco?

MARIA ISABEL

No señor, no.

MANOLO

Pues entonces...

MARIA ISABEL

No puedo acostumbrarme a nombrar a V. de otra manera... ¡Que sé yo..!

DOÑA CRISTINA

Pues no será por el respeto que inspire el carácter de Manolo.

Maria Isabel se acerca a doña Cristina arreglándole la piel que tendrá sobre la falda.

DON LORENZO

Puede ser por lo que influya la diferencia de edad..

MARIA ISABEL

¡Oh, por Dios don Lorenzo! No señor... Cualquiera diría...

Va de un lado a otro. Manolo, disimuladamente, procura no separarse mucho de ella.

MANOLO

Poco a poco tío. Entre la edad de María Isabel y la mía no mediará mas de diez a doce años.

DOÑA CRISTINA

Once, once.

DON LORENZO

Pues ya ves. Con solo una diferencia de tiempo así hay bastante para que María Isabel sienta esa separación, mejor dicho, esa restricción de la cordialidad que se llama respeto...

MANOLO

¿Le inspiro a V. respeto, María Isabel? (María Isabel, sonríe) Pues no quiero inspirárselo... Es una cosa muy antipática eso de inspirar respeto y además, un poco ofensiva para mí...

MARIA ISABEL

No lo tome V. así, don Manuel.

MANOLO

Manolo, a secas...

MARIA ISABEL

Como V. quiera.

DON LORENZO

María Isabel tiene el hábito de la sumisión. Nació y se ha criado en ese ambiente y constituyó en ella su segunda naturaleza...

MANOLO

Cuya naturaleza en eso, como en muchas cosas, yo me he obstinado en corregir.

DOÑA CRISTINA

¡Admirable preceptor! María Isabel está educada en sanos y cristianos principios de sumisión, de bondadosa sumisión... Como a mí me gusta y como cuadra a una señorita española.

DON LORENZO

Sí, Manolo. Tú ya no sabes de esto; en tantos años como vives en Inglaterra te has olvidado de esta educación, como dice muy bien tu madre, tan resignada, tan sometida, tan a la española... en una palabra; en esta educación que consiste en anular la propia voluntad de la mujer para ir la amoldando, lentamente, desde su nacimiento casi, al servilismo, a la servidumbre, primero de los padres, que se conlleva fácilmente, luego del marido que... no suele conllevarse con tanta facilidad. Educación que consiste en

disponer de toda ella, en no dar plaza a sus sentimientos, ni a sus ideas, ni a sus opiniones... ¡Pobres mujeres españolas, condenadas a ser toda su vida juguete o adorno!

DOÑA CRISTINA

Calla, calla Lorenzo. Eres inoportuno. Tú no sabes de eso, viviste siempre muy lejos de la realidad y no conoces estas cosas.

DON LORENZO

Que por otra parte maldita la falta que me hace conocer. ¡Pues no faltaba más.! Y sabes cual es el mayor vicio que se desprende de todo eso de que, aún que tú creas lo contrario, sé más de lo que tú te figuras; la hipocresía y el fingimiento. Porque por la hipocresía existen matrimonios que no tienen más lazos ni más cadena que la insoportable cadena del forzado ya que, galeotes del convencionalismo, no tienen el valor de romperlos, a lo que se llegaría si los pobres hombres de hoy se rindieran a la bendita sinceridad...

DOÑA CRISTINA

¡Jesús, Jesús que ideas! ¡Cosa muy nueva! Pero oye lo que te digo: Como tú censuras fuí educada yo, y yo... ¡Toda mi vida fué un camino de felicidad! ¡Qué mayor goce el mío que sentirme sometida, sin voluntad,—como tu dices— a la voluntad de mi marido.

DON LORENZO

Pero perpetuáste en tu hijo un dolor de origen, ese dolor de la cobardía que tú no llegaste a sentir porque en vez del matrimonio de un hombre y una mujer, vuestro matrimonio fué e de un santo con una tonta.

DOÑA CRISTINA

Gracias, hermano. (A media voz. Reprochándole) ¡Tienes unas cosas..! (A María Isabel) María Isabel, ve a poner esas flores en tu cuarto.

María Isabel coje el ramo de sobre el mueble y se dirije hacia primera izquierda. DOÑA CRISTINA a don Lorenzo por María Isabel.

Eres inoportuno, hermano. No reparas en nada.

MANOLO

Acompañando a María Isabel hasta la puerta.

Conste que son las primeras rosas del año, y que las he cojido yo para V.

MARIA ISABEL

Lo sé y lo agradezco... Manolo. (Mutis)

MANOLO

Gracias, María Isabel. (A su madre) ¡Aun andais metidos en vuestras filosofías!

DOÑA CRISTINA

Tu tío, que se obstina en decir unas cosas. .

MANOLO

Perdonad... Estais en los extremos y no os pondríais de acuerdo nunca. Ni tan poquita cosa como tú dices, madre; ni tan radical como tú predicas, tío Lorenzo... De ambas opiniones participo yo. Yo que, dispensadme la jactancia, soy el único que tiene derecho a hablar aquí, porque soy el único, madre, que puede sentir la falta de ese valor que en la educación nos váis infiltrando desde que apenas tenemos uso de razón como dice tío Lorenzo, ya que tuve la desgracia de no encontrar una mujer de esos benditos hábitos de cariño y de tierna solicitud que moldeais las madres españolas, como dices tú. ¡Madres españolas, hijas de madres españolas..! Pues sí tío Lorenzo; con todos sus defectos, con todos sus vicios de educación, tú no sabes, pobre hombre de ciencia, lo que valen las mujeres de España...

DOÑA CRISTINA

¡Ves, ves, Lorenzo! Mira lo que dice mi hijo.

DON LORENZO

Romanticismo muy latino, pero muy fuera de la vida... ¡Darlo todo al sentimiento..!

MANOLO

¡Y qué valdría la vida sin él..! Porque conozco demasiado las mujeres de otras razas, porque junto a mí vive una mujer extraña, es por lo que reclamo mi derecho. Y muchas veces, todos los días, yo he pensado así. Porque cuando encerrado en mi despacho, las preocupaciones de los primeros años de lucha me abrumaban y mi ánimo desfallecía y sentía en mi frente el helor de los desencantos y en todo mi ser había como un desmoronamiento que me quitaba hasta el ánsia de luchar y salía de allí, yo no encontraba eso que es precioso acicate de nuestra vida, esa fortaleza que presta la propia mujer en el propio hogar, ni oía sus palabras que son confortadoras, ni sus manos acariciaban mis sienes poniendo en ellas piadosos olvidos para el dolor porque Mary, mi mujer, la compañera, no lo era tanto como mi alma presentía que deben ser las mujeres.

DON LORENZO

Las mujeres débiles; mujeres españolas, que saben comprender las debilidades porque todo ellas son un amasijo de sensiblerías y de nervios.

MANOLO

Nó, tío, mujeres con corazón, mujeres que son amor y por serlo son aliento... Yo no pido la ri-

diculez de un sollozo para mis tristezas, pero si exijo la fortaleza de un consuelo para mis desfallecimientos... Y eso es lo que no tengo ni he tenido nunca. Mary es buena, no me quejo ni puedo quejarme, pero es solo moralmente buena, no cordialmente cariñosa. Cuestión de latitud, ¡ya lo sé! Más yo te digo que no es eso lo que precisa en la vida... Y te digo que no es eso, porque ya que la vida es áspera y seca, bueno es que caiga de cuando en cuando, sobre ella ese rocío que es la ternura... No es todo energía y voluntad—buenas armas para salir triunfante en la pelea—que es también dulzura; y palabras en voz baja; y caricias de manos de mujer; y calor de besos de hijos... ¡Pues por qué luchamos en la vida sino por el amor de los nuestros..! Yo recuerdo que allá en mi niñez, todas las noches despues de la cena, mi madre me llevaba de la mano a aquel mismo gabinete (*Señalando primera derecha*) donde mi padre tenía su despacho de trabajo. Al entrar, él levantaba la cabeza, nos sonreía, me atraía hacia él y me besaba mucho. ¿Te acuerdas, madre?

DOÑA CRISTINA

¡Sí, hijo!

MANOLO

Luego tú, madre, me llevabas a acostar... Y ya en la cama, arropadito, lo dos volvían a besar-

me y allí quedaban, junto al lecho, hasta que yo me durmiera. ¡Y cuantas veces, tío Lorenzo, cuantas veces, yo los ví juntar sus caras y besarse ellos también, sonriéndose sobre la cabeza del hijo que ellos creían dormido... Pues eso, eso es lo que yo anhelo tanto, acaso porque no lo tengo... ¡Jamás fui yo a acostar a mis hijos, porque de ellò se ocuparon las manos mercenarias de una *Nurse*. Jamás nos besamos Mary y yo junto al lecho de nuestros hijos dormidos, porque a aquella hora ella salía a su invariable partida de *poker* de la que volvía tarde o... acaso no volvía, si de la partida se pasaba a la cena de madrugada y una amiga cariñosa le brindaba su casa por una noche, mientras yo quedaba en la mía, quemándome las pestañas, rindiéndome en una lucha cuerpo a cuerpo por llevar a mi casa un poco de holgura...

Doña Cristina, llorosa, se limpió los ojos.

DON LORENZO

Has hecho llorar a tu madre, Mano'lo.

DOÑA CRISTINA

De recuerdos y de dolor por sus dolores presentes. ¡Como no quieres que lo sienta con toda mi alma, si no está en mí el remedio, ni tiene la vida remedio para eso..!

DON LORENZO

Sí los tienes, sí los tienes. Vé el valor de la sinceridad de que os hablaba antes. Porque para estas cosas es para las que los hombres necesitan de toda su fortaleza, porque es preciso educar a las gentes se tarde lo que se tarde, para que las nuevas generaciones que nos esperan no digan que pasamos por la vida estérilmente, si no dando las normas de algo nuevo... en amor... que ..

DOÑA CRISTINA

No sé a dónde irías a parar si te dejaran. Pero yo te digo que no hay más normas que las que Dios nos diera: sufrir y callar... Cada uno nacimos con nuestro destino.

MANOLO

En estas cosas del corazón nó, madre. Que no seamos siempre los hombres máquinas que produzcan, ni las mujeres juguetes que adornen. Dejemos que hable también el sentimiento.

DOÑA CRISTINA

¡Hijo, hijo! Me estás desgarrando de amargura.

MANOLO

Perdóname madre. Las palabras de tío Lorenzo me llegaron tan a lo hondo. ¿No ves que ten-

go el alma como en carne viva, y... no puedo callar cuando me llegan a ella..?

DON LORENZO

Vaya, callad...

María Isabel y la doncella entran con un servicio con leche y un tarro de medicina, por el foro.

DOÑA CRISTINA

Que viene gente.

MARIA ISABEL

Señora, la hora del tónico. (Echa unas gotas en un vasito de agua.

DOÑA CRISTINA

A la doncella que se lo presenta en una bandeja.

Trae acá.

MANOLO

Mirando su reloj.

¡Las ocho ya! Me voy.

MARIA ISABEL

Es que ya van alargando las tardes.

MANOLO

¿Te quedas, tío?

DON LORENZO

Sí.

DOÑA CRISTINA

Devolviendo el vaso despues
de haber bebido.

Toma.

MARIA ISABEL

Pero ¡si se ha dejado V. la mitad! Tómese lo
todo, doña Cristina.

DOÑA CRISTINA

Si es que está esto tan amargo.

DON LORENZO

Anda mujer.

DOÑA CRISTINA

Toma el vaso y lo apura.

Trae.

MARIA ISABEL

¿Quiere V. que cierre los balcones?

DOÑA CRISTINA

Bueno. Como quieras.

MARIA ISABEL

A la doncella.

Cierre V. Pepita.

MANOLO

Deja. Yo lo haré. Ve a avisar que me preparen
el auto... (Cierra, dejando descorridos los visillos)

MARIA ISABEL

Vuelva V. por el servicio.

PEPITA

Está bien. (Mutis por el foro)

MANOLO

Esta noche no me esperen Vds. a cenar.

DOÑA CRISTINA

¿Tambien hoy comes fuera de casa?

MANOLO

Estoy invitado, madre. Y por todo lo alto, ¿eh? Sauternes, Riscal, Champagne, Rhin. Mi sólo, que quiere despedirme con todos los honores.

MARIA ISABEL

¿Pero decididamente se vá V. pasado mañana?

MANOLO

Bien lo siento, pero... No tengo otro remedio.

DOÑA CRISTINA

No vayas a beber demasiado, que luego te pones malo.

DON LORENZO

¡Sí, aconseja al párvulo que no sabe lo que debe hacer!

MANOLO

Descuida, madre. (A María Isabel) ¿Siente V. mucho que me vaya, María Isabel?

MARIA ISABEL

¡Por qué no!

MANOLO

¡Pchs, que sé yo! ¡Es V. siempre tan poco afectuosa conmigo!

PEPITA

Por el foro.

El señorito, está servido. (Medio mutis)

MARIA ISABEL

Pepita, encienda V. la luz.

Pepita hace lo ordenado, recoge el servicio que trajera y sale.

MANOLO

Adios, madre; cuando vuelva estarás dormida. Voy a ponerme el *smokins*. Estos ingleses no pasan por movimiento mal hecho. (La besa)

DOÑA CRISTINA

Llévate también el abrigo por si volvieras tarde.

MANOLO

Descuida, viejecita.

DON LORENZO

Anda con Dios, hombre.

MANOLO

Hasta luego. (A María Isabel; insinuante; Adios, María Isabel.

MARIA ISABEL

Adios.

Mutis Manolo segundo derecha.

DOÑA CRISTINA

María Isabel, corre los visillos del todo.

DON LORENZO

¡Eal Yo tambien voy allá adentro. Si vinieren a buscarme, que no estoy. Cuando vayamos a cenar, me llamas.

MARIA ISABEL

Pero ¿no está V. para nadie?

DON LORENZO

Para nadie. (A Cristina) Que no tardes mucho en acostarte. Aun no se pueden hacer gracias, vejistorio.

DOÑA CRISTINA

Descuida hombre, descuida.

DON LORENZO

Adios.

DOÑA CRISTINA

Adios hombre, adios.

Mutis Lorenzo primera derecha.

MARIA ISABEL

¿Quiere V. acostarse ya?

DOÑA CRISTINA

Todavía no.

MARIA ISABEL

Ya sabe V. que no le hace bien retirarse tarde. Don Lorenzo le tiene ordenado lo contrario.

DOÑA CRISTINA

Todavía no tengo sueño. ¡Es tan aburrido este género de vida! ¡Acostarse y levantarse con el sol..!

MARIA ISABEL

Como V. quiera, señora.

DOÑA CRISTINA

Ahora me acostaré; antes quiero que hablemos. Hace muchos días que tengo el mismo deseo y nunca se presenta la ocasión. ¡Siempre hay alguien presente y lo que te voy a decir no

quiero que lo sepa nadie mas que tú y yo.

MARIA ISABEL

Me inquieta V. señora. ¿Acaso hice algo que no deba saberse?

DOÑA CRISTINA

Calla, muchacha; nada de eso.

MARIA ISABEL

¡Había pensado..! ¡Qué sé yo! (Mostrándole el pulso) Mire; me ha hecho V. temblar.

DOÑA CRISTINA

¡Qué chiquilla esta!

MARIA ISABEL

Dígame V. doña Cristina. Estoy impaciente.

DOÑA CRISTINA

¡Vamos, ven acá! Ajajá. (Invitándola a sentarse junto a ella.

MARIA ISABEL

Haciéndolo.

Diga V.

DOÑA CRISTINA

¿Estás agusto a mi lado, María Isabel; eres feliz, completamente feliz en mi casa?

MARIA ISABEL

¡Señora...! Más que merezco. ¿Por qué pregunta V. eso?

DOÑA CRISTINA

¡Completamente feliz!

MARIA ISABEL

¡Completamente!

DOÑA CRISTINA

Y sin embargo, tú no supondrás que aun sufro yo, pensando, que no lo seas siempre lo mismo.

MARIA ISABEL

Estando junto a V. he de serlo por fuerza.

DOÑA CRISTINA

¡Ah! ¿y quién es capaz de saber el tiempo que podrás estar junto a mí?

MARIA ISABEL

Doña Cristina... ¡Qué piensa V.!

DOÑA CRISTINA

En mi obsesión. Esta máquina mía va estando ya demasiado gastada... Sí, sí. Lo noto por momentos. Y no creas que lo siento por mí, no: lo único que me apena es pensar lo que será sin mí de todos vosotros. De las personas que quie-

ro tanto, de mi hermano y sobre todo de tí. De Manolo no hablo. Mi hijo, bien o mal, ya no precisa de mis cuidados... aunque no tiene quien se los dé tampoco al hijo mío.

MARIA ISABEL

Señora, ¿por qué dice eso? No se entristezca señora, no piense en esas cosas.

DOÑA CRISTINA

Pues sí que pienso y vivo con la inquietud .. Y sobre todo me inquietas tú joven y guapa, que sin mí o sin otra persona que velara por tí quedarías expuesta a los mil peligros que tiene el mundo... ¡que gracias a Dios no conoces ni quiera el cielo que sepas nunca de ellos.! No; ya sé que tú eres buena, pero eres tan candorosa y ¡es tan fácil el engaño!

MARIA ISABEL

¿Y qué hice yo, señora, para merecer tanto de V.?

DOÑA CRISTINA

¡Qué hiciste! Ganarte poco a poco mi cariño, entrar toda tú en mi corazón y hacerme pensar en tí a todas horas. Dice mi hermano, cuando le hablo de eso, que estos últimos cariños de la vida tienen mucho de manía... Sea como fuere, tu porvenir ha llegado a preocuparme.

MARIA ISABEL

¿Cree don Lorenzo que yo no merezco tanto?

DOÑA CRISTINA

No, María Isabel. El sabe que todo lo mereces, pero que merezcamos las cosas no quiere decir que se nos concedan. Y porque lo sabe él y yo, como te he dicho, pienso en tí tanto, he pensado también que acaso la felicidad que te falte o el escudo que te defienda. . pueda estar en mi hermano ..

MARIA ISABEL

¡Señora..! No acierto...

DOÑA CRISTINA

Pues bien claro lo dije... ¿Quieres?

MARIA ISABEL

¡Señora!

DOÑA CRISTINA

¿Quieres..? ¡No contestas!

MARIA ISABEL

¡Y cómo quiere V. que le responda..! No es posible, no es posible. ¿Verdad, doña Cristina, que no es posible lo que yo me figuro? Dígame V. que no es posible...

DOÑA CRISTINA

¿Y por qué no ha de serlo? Sí. Eso que piensas es.

MARIA ISABEL

¡No puede ser..! Y no puede ser... porque don Lorenzo es como mi padre; como un padre fué siempre para mí. Respeto y veneración de padre le tuve, como una hija me trató él también. ¡No es posible, señora..!

DOÑA CRISTINA

¿Y si él lo quisiera?

MARIA ISABEL

¡Cómo había de quererlo él, doña Cristina!

DOÑA CRISTINA

¿Y si lo quisiera yo? (María Isabel no responde, abrumada en conjeturas) ¡No contestas? Contesta.

MARIA ISABEL

Aunque V. lo quisiera...

DOÑA CRISTINA

Interrumpiendo alzada.

¡María Isabel!

MARIA ISABEL

Suplicante, pero con firmeza.

Pero ¡si no depende de mí! ¡Si no depende de

mi voluntad! ¡Si no soy yo la que manda aquí dentro (Por el corazón) Cuanto V. pida, cuanto V. imagine, soy yo capaz de cumplir y de hacer. Dígame que sea su esclava; conviértame, si quiere, en una cosa; que me arrastre y me humille, mándeme hasta lo imposible... Pero no me diga que yo quiera por marido a don Lorenzo, por que el amor es sólo del alma... ¡y en nuestra alma no mandamos nosotros!

DOÑA CRISTINA

Acremente.

¡Basta, basta, María Isabel!

MARIA ISABEL

Llorosa.

¡Señora!

DOÑA CRISTINA

No insistamos. Nunca creí que fueras capaz de hablarme así; jamás pude pensar que me desobedecieras ni en eso ni en nada.

MARIA ISABEL

¿Desobediencia dice V.? ¡Por Dios, doña Cristina. por la memoria de mi madre, yo le juro..! Habló V. de que nos diéramos la felicidad don Lorenzo y yo. Pero ¿cómo? Ni aún llegando a mi sacrificio...

DOÑA CRISTINA

¿Sacrificio ser la esposa de un sabio y de un hombre de corazón?

MARIA ISABEL

Hombre de corazón, cierto, que tal vez sabría dármele todo entero pero al que, pese a mi voluntad, yo no podría dar nada del mío. ¡Desobediencia dijo V.! No, doña Cristina. Hay desobediencia cuando dejamos de hacer lo que nos mandan pudiendo hacerlo; no cuando dejamos de hacerlo, porque ni a nuestra propia voluntad podemos obedecer.

DOÑA CRISTINA

Eres más rebelde de lo que yo pude sospechar.

MARIA ISABEL

Con un gran esfuerzo, pero con entereza de carácter.

Soy más sincera de lo que acaso convendría. Pero dígame V. señora, ¿no tengo siquiera derecho a ser sincera?

DOÑA CRISTINA

Autoritaria y entristecida por el desengaño.

¡Basta ya! Pero óyelo bien: hice por tí cuanto pude, cómo a una hija te quise, como una hija entraste en esta casa. Nunca pedí en cambio na-

da. Hoy quise, velando por tí y velando por mi hermano, buscar vuestras dos felicidades. Tú te olvidas de todo y...

MARIA ISABEL

...¡Señora!

DOÑA CRISTINA

¡De todo! Lo rechazas todo y me desobedeces.

MARIA ISABEL

No, señora. A precio de gratitud pagué siempre. Jamás mi voluntad se manifestó ni una sola vez en contra. Si era preciso no dormir junto al lecho de V. y el sueño me rendía, mi voluntad alejaba al sueño; si los recuerdos me llenaban de amargura el alma, mi voluntad traía hasta mi boca las sonrisas para V. Creo que cumplí siempre como debí o como pude. Hoy me pide V. que mande en mi corazón y hasta ahí no puedo yo llegar.

DOÑA CRISTINA

No hablemos más. Soy vieja, tengo demasiada experiencia y no me extrañan las ingratitudes.

MARIA ISABEL

¡Ingratitud, dice V.! ¡Por Dios, doña Cristina!

DOÑA CRISTINA

Después de todo no fué entera la culpa tuya,
ya que debí pensar...

Oprime el botón de un timbre
que suena allá adentro, sin que
María Isabel lo advierta.

MARIA ISABEL

Tristemente, reprochándola
con humildad.

¡Y para eso me trajo V. aquí, doña Cristina!
¡Y para eso me sacó V. de aquella casa, donde
viví lejos de estos dolores de la vida! ¿Por qué
lo hizo, señora? ¿Por qué lo hizo? Y si lo hi-
zo, déjeme que vuelva allí otra vez, junto al do-
lor de los enfermos, entre los míos, apartada de
estas cosas que seducen un poco desde lejos,
pero que hacen mucho daño (A la doncella que entra
por el foro) ¿Qué quiere V?

DOÑA CRISTINA

Adustamente.

La he llamado yo. (A doncella) Dame el brazo.
Acompáñame a acostar.

La doncella da el brazo a
la señora.

MARIA ISABEL

Humillada

Pero... ¿yo no voy?

DOÑA CRISTINA

No. Esta noche, no. Me acostará Pepita.

MARIA ISABEL

¡Señoral Yo le ruego... ¡Señora..!

DOÑA CRISTINA

Desde la puerta segunda izquierda, con una dura mirada deslindadora.

Hasta mañana.

MARIA ISABEL

¡Señora..! ¡Señora..!

Ha avanzado llorosa hasta la puerta, quedando detenida en el umbral por la mirada de doña Cristina. Entre las dos se interpone el cortinaje. Queda sola, contentando malamente los sollozos y al fin, rendida de dolor, cae llorando desconsoladamente sobre un asiento. Al talento de la actriz.

MANOLO

Desde la puerta por donde salió.

¡María Isabel!

MARIA ISABEL

¡Manolo!

MANOLO

Avanzando

¡Llorando! ¿Por qué llora V. María Isabel? Yo no quiero verla a V. llorar.

MARIA ISABEL

Déjeme; por nada lloro.

MANOLO

Comprenda que es muy grande niñería ocultarme la causa. Usted sabe, María Isabel, que siempre adoré en V. su gesto de optimismo. La frescura buena y sana de su cara, me inspiraba como un aliento para borrar tristezas propias. No se ponga triste ahora, en los últimos días que he de estar junto a V. Que no lleve yo grabada en mi ánimo la impresión de haberla visto llorar las horas últimas que pasamos juntos.

MARIA ISABEL

Déjeme V. Manolo; yo le ruego que me deje. No trate de investigar tampoco. Por otra parte, acaso no merezca yo tan extremosa solicitud de V.

MANOLO

Insinuante

Todo; todo lo merece V. Acaso merezca más de mí que de nadie. Sí, María Isabel; no le sorprenda a V. esto que digo. En los varios meses

que llevo aquí, más de una vez me oyó V. decir lo mismo. Yo no sabría explicarme ahora. Soy hombre un poco tosco de expresión. Mi vida entera, hecha a fuerza de lucha, quitó de mí los matices y dejó escuetamente lo sincero... Pues bien, Maria Isabel, cuanto le dije a V. siempre, cuanto sin decirle V., adivinó. Sí, sí. V. lo adivinó, porque su instinto de mujer presente o adivina, yo se lo repito a V. hoy. Desde que la conocí, desde que por vez primera nos encontramos frente a frente, yo sentí hacia V. esa atracción espiritual que los románticos llaman amor y que yo llamo afán entero de mi ser; necesidad de V.; de su bondad, de su optimismo, de su resignada solicitud, de su ternura incomparable... de su alegría buena y sana. Comprenda V. cuanto sentiré verla llorar ahora.

MARIA ISABEL

Halagada íntimamente y temerosa.

¡Manolo..! No sé si debo seguir escuchándole. Pero sí le ruego que se calle. ¡Cállese V., Manolo! Yo se lo pido; yo se lo suplico. Hay algo en cuanto V. me dice que yo no debo oír. Calle V., calle V. por Dios Manolo. Sería añadir infamia a la ingratitud...

MANOLO

¡Ingratitud! ¡Ingrata V..? Jamás lo fué V. pa-

ra nadie. Mi propia madre la exaltó a V. siempre como arquetipo de generosidad.

MARIA ISABEL

Pues su propia madre tuvo para mí la crueldad esa. Perdone V. Manolo. ¿No fué crueldad... o por lo menos injusticia?

MANOLO

Crueldad, sí: injusticia, también... Pero deje V. de llorar. Yo lo suplico. Hablemos más serenamente: si junto a V., si junto a una mujer como V. que llora, es posible que los hombres hablemos con serenidad...

MARIA ISABEL

Si usa V. de las vehemencias de otras veces, cállese. No repita V. lo que en mala hora me dijo... que sólo recordar me avergüenza... Olvídese de mí... Que sea para V. como una sombra un poco triste, aunque V. crea lo contrario, que haya pasado por su vida... V. volverá a su casa... yo regresaré al Sanatorio... Tengamos la habilidad de guardar el uno del otro un recuerdo agradable.

MANOLO

¿Volver V. al Sanatorio? Imposible. ¿Por qué?

MARIA ISABEL

Porque la vida fuera de él es demasiado dolorosa. Porque desde allí me deslumbraron un poco sus lejanías; y porque ya en ella he aprendido demasiadas amarguras. Por eso, por eso soy ingrata, Manolo... ¡Por eso y porque Dios les negó a sus criaturas la facultad de mandar en nuestros corazones.!

MANOLO

¿Pero mi madre? ¿Dejará V. a mi madre?

MARIA ISABEL

Su madre de V. ya no necesita de mí.

MANOLO

Pero si eso no es posible. Si eso no puede ser... María Isabel.

MARIA ISABEL

¿Y si ella lo quisiera; o si lo quisiera yo... o, sobre todo, si fuera preciso..?

MANOLO

¡Ella... no sé V. no puede quererlo. Y no puede V. quererlo, porque su juventud, que por primera vez se asomó al mundo, tiene derecho a vivir, alegre, serena y noblemente, de cara a cara a la luz y a la alegría... no de espaldas al sol

y frente a las sombras tristes de un hospital... Porque V., María Isabel, tiene derecho a exigir un poco de alegría para su vida joven; que ni por ley humana, ni por ley divina tampoco, puede V., sacrificar estérilmente... Más de una vez lo oyó V. de mis labios. Escúchelo V. hoy, en este momento de crisis sentimental, en el que puede resolverse tal vez todo nuestro porvenir. Jamás fueron los prejuicios—acaso dije mal—jamás debieron ser causa bastante para torcer nuestro camino. Vayamos por él rectamente, sin apocamientos ni desmayos, con una plenitud de ambiciones en nuestros pensamientos y escuchando solamente la íntima voz de nuestras conciencias...

MARIA ISABEL

¡Manolo, por piedad..! Deje V. de ser cruel conmigo... Ni el mundo ni Dios perdonan...

MANOLO

El mundo es hipócrita; él hizo leyes a su acomodo y jugó con los pobres humanos como muñecos de cartón vacíos por dentro... ¡Dios!.. Dios no puede castigar lo que al hacer lo hacemos con el impulso honrado de nuestra alma ..

MARIA ISABEL

¿Usted cree..?

MANOLO

Persuasivo, con ternura.

Creo cuanto le dije siempre. Oiga V. Maria Isabel. El mundo es muy grande... La vida, ante nosotros, se ensancha, luminosa y espléndida...

MARIA ISABEL

Debatiéndose débilmente.

¡Calle V., calle V!

MANOLO

Esperándonos a los dos, porque los dos vamos el uno al otro...

MARIA ISABEL

Temerosa de rendirse, como queriendo ahuyentar la sugestión.

¡Calle V. por Dios, Manolo!

MANOLO

Sordo a la súplica. Insistente.

Porque es mandato de nuestros corazones... ¿Usted quiere?

MARIA ISABEL

¡Por Dios, por su madre! Es horrible... ¡Vayase, déjeme en paz! No me haga V. que grite, que llame, que pida auxilio... Cállese V. Manolo..

MANOLO

Suplicante.

María Isabel, anda... ¿Quieres..? Di que quieres... anda...

MARIA ISABEL

Dios mío, ¡qué horror. ! ¡Y V. invoca algo tan santo como el amor para hundirme en una vergüenza y en una infamia que no esplaría nunca. Y V. olvida sus deberes para con otra mujer y para unos hijos... Calle, V. por el cielo!

MANOLO

Pero ¿qué derechos son esos que no están santificados por derechos de los corazones..? Mi hijo; él, el mío porque yo fui forjando su alma, lentamente a nuestra hechura y condición... con nuestros vicios, sí, pero con nuestras vehemencias y con nuestros arrebatos... Mi hijo, carne y espíritu de mi propio espíritu y de mi propia carne... ese, por ser tan mío lo será tuyo también... Tú, tú sola entraste en mi corazón... Yo solo entré en el tuyo... ¿Es verdad, María Isabel..? Porque yo te quiero, te quiero para mí solo, para mí siempre, eternamente para mí... Y tú... tú también me quieres... ¿verdad que me quieres..? ¡Vente..!

MARIA ISABEL

¡Manolo, Manolo, por piedad, déjeme..!

MANOLO

Jamás lo oí de tus labios, pero no pudo tu ingenuidad borrarlo de tus ojos... Repítelo; di en voz alta lo que siempre leí en ellos... Siempre anduve buscando por la vida lo que el destino puso en tí... ¿A qué huir de lo que es predestinación..?

MARIA ISABEL

Cállese, cállese o grito...

MANOLO

Desalentadamente, refrándose como para salir. Medio mu-ta.

¡María Isabel... María Isabel..! Si no habías de ser mía ¿para qué te conocí? Y si te conocí y me quisiste... Sí, sí, me quisiste, ¿por qué no has de ser mía..?

MARIA ISABEL

Llamándole.

Manolo... Manolo... Ven... No hago bien, no hago bien... Manolo... pero te quiero... sí, te quiero. (Las últimas frases las dice como desvanecida en una viden-cia de obsesión, con ese sentimiento que hace a los delincuen-tes volver al lugar donde delinquieron.)

MANOLO

Avanzando

¡Bendita seas, mujer fuerte y generosa..! Frente a la vida entera te defenderán estos brazos, que solo son tiernos cuando cae sobre ellos el dulce peso de tu cuerpo adorable...

MARIA ISABEL

¡Manolo..! Tengo miedo. Es horrible Manolo... ¡Tengo miedo, pero te quiero!

MANOLO

Calla, calla... Escúchate a tí misma. (Como sobrecogidos por algo sobrenatural) Es que pasa el amor cantando sobre nuestras juventudes... estas dos juventudes, la tuya que nace, la mía que resucita... Porque hiciste el milagro de abrir el corazón... (Abrazados.)

DON LORENZO

Por segunda derecha. Sorprendido.

¡Manolo..! ¡María Isabel..!

MARIA ISABEL

Atemorizada.

¡Dios mio... Manolo!

MANOLO

Avanzando, amparándola con la generosidad de su pecho.

¡Tío Lorenzo!

DON LORENZO

¿Pero qué es ésto, Manolo..?

MANOLO

Bien a las claras esta, tío Lorenzo. ¿Está mal?

DON LORENZO

Pero si no puedo creer lo que pienso... María Isabel. (Ella se aparta temerosa) ¿Qué es esto?

MANOLO

Ven. (Colléndola) Pues lo que piensas és, tío. No lo buscamos ni ella ni yo. Fué porque sí, porque tenía que ser, porque algo sobre nosotros, a despecho de nuestra propia firmeza, frente a conveniencias de este orden social necio y cruel nos empuja... Y yo te digo... Dame, dame el medio tío Lorenzo, pero no condenes la acción. Dime qué he de hacer para que esta inmoralidad—¿no es esa la palabra que se te cae de los labios?—pues bien, para que esta inmoralidad o este escándalo tengan justificación legal. Allá en tierras extrañas, los matrimonios se desunen pero no se les niega a los cónyuges el derecho a volver a amar legalmente; en esta desventurada tierra nuestra también se separan los matrimonios... pero se les niega despues para siempre el derecho al amor... ¡Inmoralidad! No está en mí, tío Lorenzo; no está tampoco sobre

ja frente toda candor y virjinidad de esta mujer admirable, está en vosotros, está en las gentes que por meterse en todo parece como que quieren regular, tambien, el ritmo de nuestros corazones.

MARIA ISABEL

Acurrucándose contra el pecho de él como buscando amparo.

Manolo, Manolo mío.

DON LORENZO

No sé si tienes razón...

TELÓN

FIN DE LA COMEDIA

PRECIO: TRES PESETAS